

Casa de Ejercicios Espirituales en la calle de Zurbano, (Madrid)

Arquitecto: LUIS GARCIA DE LA RASILLA

25 de agosto de 1940. El Excmo. y Rvdmo. Doctor D. Javier Lauzurica, inaugura la primera Casa Diocesana de Ejercicios, «Villa Santa Teresa», en San Sebastián. Pocos años después, 23 de mayo de 1947, fué inaugurada en Madrid la Casa Diocesana de Nuestra Señora de la Almudena, que bendijo el Excmo y reverendísimo Sr. Patriarca Obispo de Madrid-Alcalá.

En siete años escasos funcionaban cuatro Casas de Ejercicios Diocesanas. (Posteriormente a la de San Sebastián, y con anterioridad a la de Madrid se habían inaugurado la de Nuestra Señora de Begoña, en Bilbao, y la de Nuestra Señora de la Paz, en Vitoria.)

En siete años escasos conquistaba la capital de España el Instituto de Misioneras Evangélicas Diocesanas, fundado por don Rufino Aldabalde. Eran los días en que, todavía dividida en dos nuestra patria durante la última guerra, ésta absorbía la vida de muchos y las obras de Dios esperaban tiempos mejores. Pero San Sebastián está ya liberado; don Rufino, con optimismo sin igual, puesta toda su confianza en la provincia de Dios, descubrió de singular manera alicientes insospechados para sus futuras empresas. Almas de temple apostólico, donadas por Dios de cualidades singulares, alguna de ellas señalada de un modo especial durante la contienda, le salían al paso por doquier dispuestas a trabajar sin medida.

Dios hablaba por ellas; pero el querer de Dios permanecía aún borroso. Don Rufino oró mucho, hizo penitencia, pidió oraciones. Comprendió que San Sebastián era el punto de partida de su Obra de Ejercicios. Recorrió la ciudad de punta a punta y, al fin, inauguró «Villa Santa Teresa».

Una Casa de Ejercicios parecía cosa sencilla; pero su organización y el debido funcionamiento de la misma inquietaban sobre manera al fundador. ¿A quién encargar el régimen de la Casa?

El Instituto de las Misioneras Evangélicas tiene su fisonomía propia. El retrato exterior de una misionera puede hacerse con sólo dos palabras: normalidad y sencillez. La misionera viste bien, con modestia, pero con elegancia; los hombres ven en las misioneras una joven normal de la vida, sin darse cuenta del sentido profundo de su sacrificio. A la misionera le anima el sacrificio que capacita a las almas; pero la misionera se sacrifica con toda normalidad, y su vida exterior es normal, como normal era la vida exterior de Cristo. Mas, si entramos en su interior, veremos que todo es divinizado por ellas. Así, a los siete años de fundarse el Instituto de Misioneras Evangélicas Diocesanas, pudo inaugurarse la Casa de Madrid, que hoy ofrecemos a nuestros lectores.

Este edificio está enclavado en el corazón de la ciudad; consta de cinco plantas, contando la de semisótano. Casi bajo sus cielos pasa el metro; a su vera suenan los tranvías de la calle de Génova; por las noches llegan hasta ella la luz rojiza de los anuncios luminosos de los cines más próximos; cerca, muy cerca, a la mano, está el espectáculo, la oficina, el bar, la calle, la vida agitada y superficial de la gran ciudad; pero en su interior llegan continuamente a Cristo, en unas y en otras tandas de ejercicios, todos aquellos que, comprendiendo que el mundo está enfermo, más enfermo que nunca, y que por ello Nuestro Señor está

dispuesto a obrar cada vez más milagros, se entregan a su misericordia para hacerse conscientes de su vida. La Casa de Ejercicios, de Zurbano núm. 8, es, como sus hermanas, un regenerador de las conciencias; pero en su exterior y en su interior es como el Instituto que lo rige: eminentemente normal. Su fachada es como la de una casa cualquiera, su decorado interior es el que corresponde a un hogar agradable.

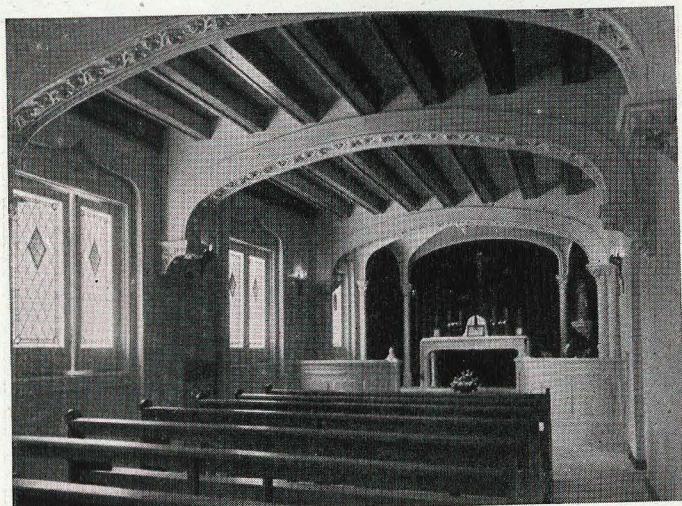
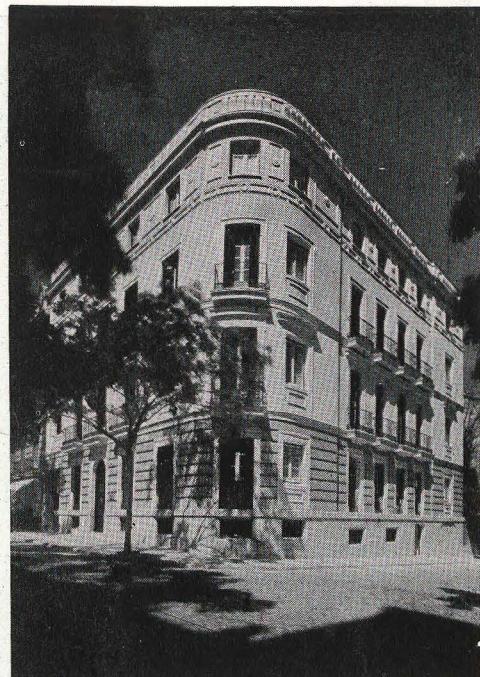
Con su característica normalidad, las misioneras no han escatimado valor alguno en la decoración, a fin de dar a la obra que estamos describiendo la fisonomía característica de todas las que ellas rigen.

Con un gusto verdaderamente extraordinario y nada corriente, han sido las mejores colaboradoras del arquitecto. La casa destalada, vieja y anticuada, ha quedado transformada en el más actual de los hogares, empleándose en su decoración el hierro, la madera, la piedra y hasta las pinturas murales y las vidrieras artísticas.

La obra arquitectónica, como todas las de reforma, ha tenido dos partes principales. Modificación de la estructura, trabajo fundamental en algunas zonas (la fachada de Orfila estaba retranqueada, había necesidad de sacarla a la línea de la calle, sustituyendo la antigua por pies derechos y jácenas de hormigón) y la variación de distribución general, modificando en su totalidad la tabiquería. Por último, aquella que pudieramos equiparar a la obra de nueva planta y que se refiere exclusivamente a la decoración. En esta obra complicada de reforma, en la que además de la modificación natural de estructura a que antes hemos aludido se ha aumentado una planta, hemos invertido exactamente seis meses.

La casa tiene dos zonas completamente independientes: una de ellas, residencia del Instituto que la rige, y otra, destinada a Casa de Ejercicios, propiamente dicha. En esta última existe un pequeño departamento o vivienda privada del prelado, junto a la cual se han proyectado los dormitorios para directores, con sus correspondientes aseos. Cuarenta y siete son las habitaciones conseguidas para ejercitantes, que con dos capillas, comedor de ejercitantes, sala de actos, comedor y despacho de directores, etc., forman con las dependencias antes aludidas el conjunto del edificio descrito.

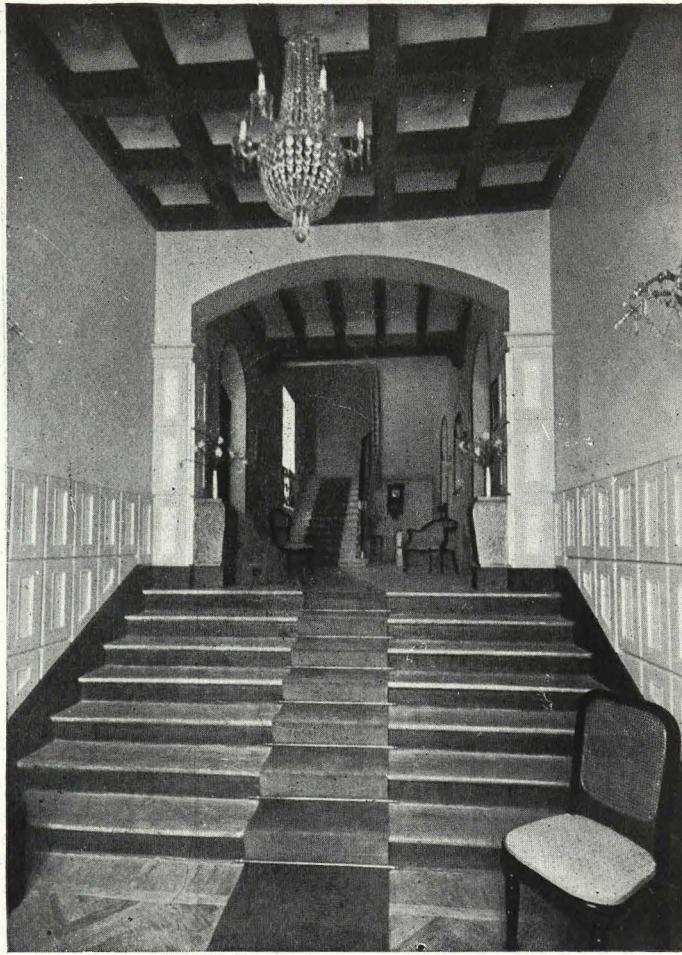
Don Rufino Aldabalde, siempre sacerdote, sólo sacerdote y todo sacerdote, tuvo, para llevar a cabo su empresa de Madrid, un colaborador extraordinario y único. Don Andrés de Soloaga y



Capilla



Comedor



Asúa, director del Monte de Piedad y Caja de Ahorros, ayudó desde su cargo cuento pudo, en el aspecto económico, a las misioneras para construir la Casa de Nuestra Señora de la Almudena. Pero para que en todo se llevase a efecto la idea de «impersonalización» que tan grabada tenía siempre don Rufino, poco tiempo después de inaugurada la Casa de Ejercicios de nuestra villa y corte, falleció Soloaga en Madrid, y este hombre, a quien hoy todos sus amigos consideran santo, por vivir con la convicción

de que la santidad es para todos los estados, no pudo ver por su penosa y larga enfermedad, terminada su obra.

La casa de Madrid está en marcha; en ella se han dado ya varias tandas de ejercicios y de ella han salido ya varias almas que, completamente regeneradas y conscientes de su vida, dan a través de la obra de Ejercicios Espirituales Parroquiales, gloria a Dios, que tan pródigamente bendice el Instituto de Misioneras Evangélicas Diocesanas.

